

MUERTOS INCOMODOS

(falta lo que falta)

NOVELA A CUATRO MANOS

por

SUBCOMANDANTE MARCOS Y PACO IGNACIO TAIBO II

CAPÍTULO IV

“DONDE HABITA EL OLVIDO”

El Palacio Negro de Lecumberri, la cárcel histórica de la ciudad de México, una de las columnas vertebrales de las tinieblas del viejo DF, se había vuelto hacia varios años el Archivo General de la Nación. Este acto de maquillaje político, la transmutación, no había logrado quitarle al enorme edificio su halo maligno, y más en uno de esos días de principio de invierno en que la ciudad de México tenía que-rencia de grises. Nubarrones y smog, un vientecillo frío, pero por alguna razón asociada a su historia, sobre el edificio había unas cuantas nubes, ligeramente más negras que las demás.

Vio a Fritz cruzar desde la entrada principal del Palacio sorteando a los automóviles, trataba de impedir que lo atropellaran y al mismo tiempo de encender un cigarrillo. Se sentaron en el parque ante la estatua de Heberto Castillo.

—Años, mano, años sin saber de ti. Y seguro no voy a saber nada de ti, seguro me quieres para que te cuente alguna pen-dejada.

Belascoarán sonrió. Fritz Glock-ner, por razones históricas, polí-

ticas y personales, llevaba cua-tro años metido en la historia de la guerra sucia, revisando los archivos de las policías secretas del viejo régimen. Archivos que por casualidad habían ido a dar al archivo nacional, a la vieja cárcel. Una casualidad delicio-sa, alguien los había confundi-do en el desplome priísta, con materiales de la comisión de fomento de las aguas territoria-les, o algo así.

—¿Qué sabes de Jesús María Alvarado?

Fritz miró fijamente a Belas-coarán antes de contestar, no en balde aunque de nombre aus-triaco, era poblano y, por tanto, justificadamente desconfiado.

—Está muerto, lo mataron en el 71, como a mi padre... Un tiro en la nuca.

Un aire frío flotó entre los dos. Héctor se quedó mirando fijamente la silueta del Palacio donde había pasado Alvarado los últimos días de su vida. Un edificio que cubría una enorme extensión, muy achaparrado, vetusto. Parecía un gran interna-do de señoritas cuidado por monjas que trataban de que las chicas gozaran la vida.

—¿Por qué lo mataron?

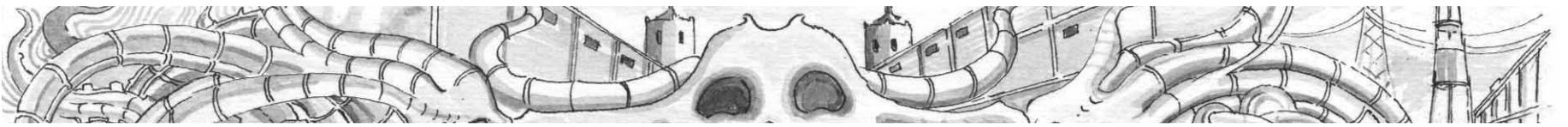
—Ve tú a saber, en esa época primero disparaban y luego pre-guntaban. Habrán pensado que estaba en contacto, o que era el eje de alguno de los grupos de resistencia armada que se forma-ron después del 68... O tenía un grupo antes y al salir iba a reani-marlo... Eso, o una venganza personal, de las autoridades de la cárcel, porque él fue uno de los organizadores de la huelga de hambre del 69.

—¿Tú lo conociste?

—Lo vi alguna vez, de lejos.

—¿Tenía hijos?

—Cuando yo visitaba a mi padre, a él lo visitaba una mujer ya muy grande, que sí, que traía a un chavito de la mano, un poco más chico que yo; o sea que si yo tengo 42, el chavito tendrá sobre los 38 o así, ahora. Pero no sé si era su hijo, no recuerdo haber visto a una mujer joven con el niño. A lo mejor era su sobrino o un her-mano chiquito. Recuerdo al chavito porque durante las visi-tas se ponía a jugar con un yoyo alrededor de unas de las fuen-tes que hay en los patios de la cru-ja.



—¿Y en la investigación que se ha estado haciendo, se sabe quién lo mató? ¿En los papeles que han estado revisando se dice algo de la muerte, de los responsables del asunto?

—Déjame revisar y preguntar a los topes que estamos metidos en esos archivos. Si sale algo te llamo.

Se abrazaron y Fritz volvió a intentar el paso suicida de la avenida. De repente se detuvo y giró en medio de los automóviles que tocaban el claxon:

—¿Por qué no buscas al *Chino*? Era su compañero de celda.

—¿Qué chino?

—Fuang Chu, el único chino del movimiento de 68. Nomás él y los pósters de Mao Tse Tung. Creo que ahora vive en Guadalupe.

El despacho de Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente, está situado en Donato Guerra casi esquina con Bucareli, en el corazón del más corazón de la ciudad de México. Y resulta, como si fuera canción de Juan Luis Guerra, un corazón no consciente de serlo, que poca gloria acumula y sólo ruido. En las mañanas la esquina está dominada por los distribuidores de periódicos, que hacen paquetes y bulla, en las tardes por las tiendas de discos y las loncherías.

El elevador no funcionaba y subió renqueando los tres pisos. El frío acentuaba la cojera, se pegaba al hueso. ¿Duelen los huesos? “Sólo cuando hace frío”, se dijo. Carlos Vargas se cruzó con él en la puerta.

—Tiene a su funcionario progresista ahí, jefe.

Sin embargo fue el perro Tobías el primero en recibirlo. Cojeaba, claro, arrastrando la pierna entablillada; debería ser por el frío además de por la pata rota. Miró fijamente a Héctor y le lanzó un lenguatazo que le mojó al detective el Delicado sin filtro que estaba sacando de su cajetilla. Héctor le entregó el cigarrillo al perro que se lo tragó muy feliz.

—Le gusta. No le gusta que yo fume, pero le gusta fumar a él— dijo Monteverde.

Pensándolo bien, ambos, can y dueño (¿quién había adoptado a quién?) tenían cara de perro triste.

Héctor le señaló un sofá de cuero negro a su tocayo, fue a la caja fuerte que siempre estaba abierta, sacó dos cocacolas y una automática y las depositó sobre la mesa. Con un gesto le ofreció un cigarrillo a Monteverde.

—Tengo dos nuevos mensajes— dijo éste encendiendo con una imitación de ronson, muy dorado, demasiado, comprado sin duda en un tianguis.

Héctor destapó las cocacolas usando la mira de su pistola y le ofreció una a su misterioso informador. Guardó el arma en la caja fuerte y se sentó. Nuevamente la cara de Alec Guinness, ahora, porque no sabía qué decir.

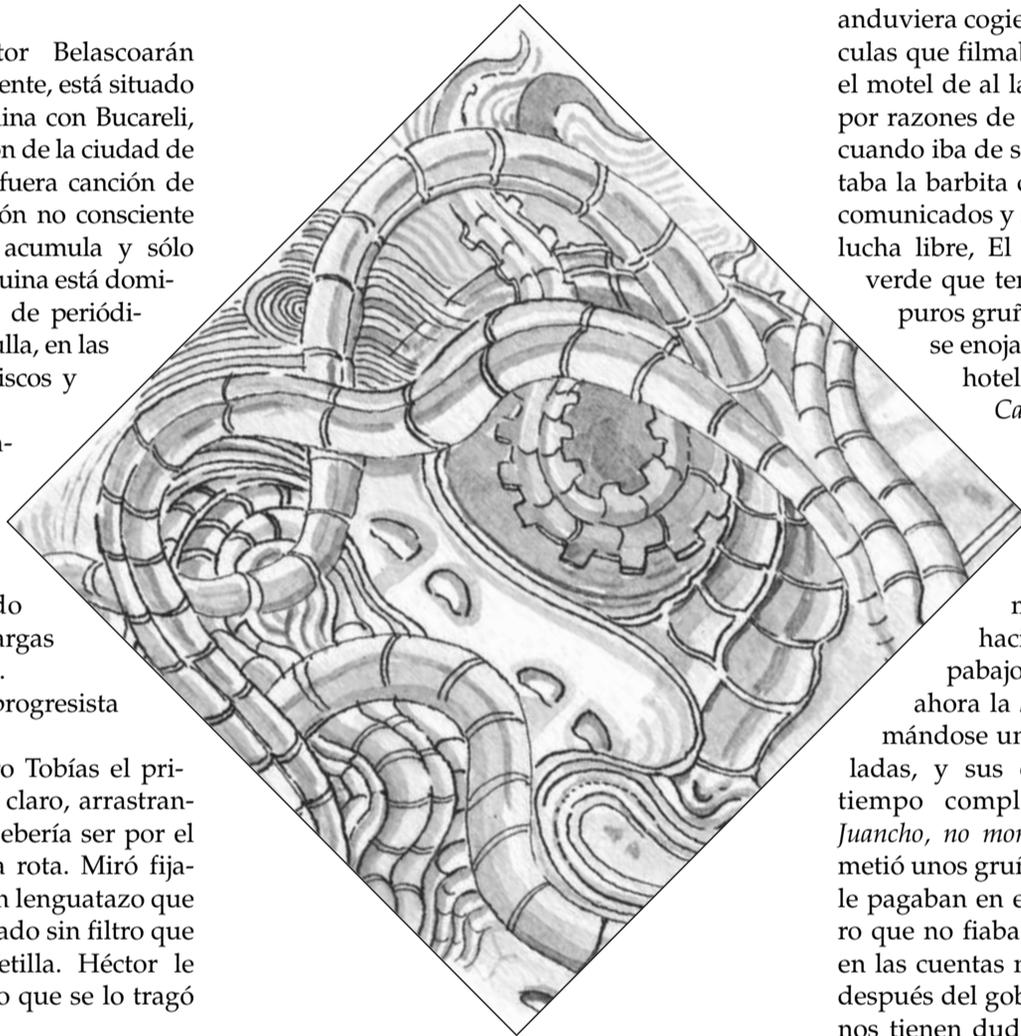
—¿De dónde saca las cocacolas de corcholata? En mi barrio sólo venden de envase de plástico.

—De aquí abajo, de un changarrito. Han de ser viejísimas, por eso todavía tienen— respondió Héctor.

Se hizo un silencio.

Monteverde le tendió una nueva cinta de contestador telefónico, lo miró y alzó los brazos, como disculpándose de la molestia, lanzó el humo hacia el techo y él también esperó.

Así pasaron unos minutos, fumando. El ruido de un merengue subía de la calle por las paredes del edificio, parecía mezclado con los graves de algo que parecía remotamente tex-mex. El resultado era horrible. Quizá fue por eso que Belascoarán rompió el silencio.



—¿Alguien más sabe de estos mensajes?

—No, cómo va a creer. Vivo solo, y en la chamba no me atrevería a contarlo, iban a pensar que me volví loco... Además, ni sé qué me está diciendo Alvarado. Ni sé qué me cuenta.

—¿Es Alvarado?

—Jesús María Alvarado o quien sea. ¿Qué importa? Su pinche fantasma. ¿Y por qué a mí? Digo, éramos cuates, pero cuates, ¿no? Nomás eso. Y hace tantos años.

—¿Y por qué a usted?

Monteverde se puso de pie. No sólo era alto, de alguna manera era desgarbado. Tobías, el perro se alzó también y renqueó hasta su dueño.

—Le juro que le he dado vueltas y no le hallo.

—¿Y por qué a mí?

Monteverde lo miró fijamente con cara de asombro.

—Pues porque usted se dedica a estas cosas, ¿no?

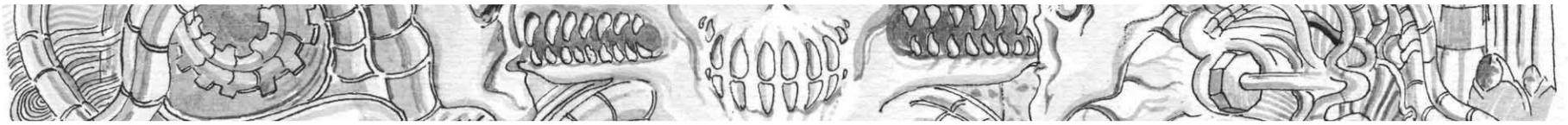
¿Se dedicaba a “estas” cosas?

Vagabundó por la calle Victoria para comprarse una grabadora que pudiera reproducir las cintas chiquitas de los contestadores telefónicos. “Esas cosas”. Muertos que hablan en un país en que a los vivos no los dejan hablar mucho o hablan demasiado. “Esas cosas”. Al descubrir vendedores ambulantes que ofrecían vírgenes de Guadalupe rodeadas por foquitos de color rosa, se dio cuenta que se acercaba el 12 de diciembre. A un mes de su cumpleaños.

—Esta es una historia narrada por Jesús María Alvarado, y que seguro te interesa, mano: Un día en Burbank, a Juancho, al que hacía de Bin Laden, le prohibieron que se anduviera cogiendo a las actrices de las películas que filmaban en el estudio de al lado, el motel de al lado, para los efectos, dizque por razones de seguridad. Aunque Juancho cuando iba de su hotel al de enfrente se quitaba la barbita chafa que le ponían para los comunicados y se disfrazaba de luchador de lucha libre, El Horrible, con una máscara verde que tenía cuernitos, y hablaba con puros gruñidos. Pero sus controladores se enojaron porque a Juancho los del hotel de enfrente, el estudio *Lux Cal XXX* hasta le habían ofrecido un papel fijo aunque se quejaban de que era un eyaculador precoz, y eso sucedía en plenas elecciones Bushianas, ¿cómo ves?, y Juancho estaba haciendo todo el día, parriba y pabajo, videos de prueba, y que ahora la *kalashnikov* pa’ acá, y que tomándose un tecito, y que las cejas depiladas, y sus controladores lo querían a tiempo completo, y le dijeron: *Mister Juancho, no more fucki fucki*. Y Juancho les metió unos gruñidos pero se cuadró, porque le pagaban en efectivo, condición de taquero que no fiaba y no creía en los bancos, ni en las cuentas numeradas en Suiza, porque después del gobierno de Salinas los mexicanos tienen dudas que la tal Suiza exista, y tenía debajo de la cama de su cuarto una maleta con billetes de cien dólares, que sacaba en las noches y desplegaba sobre la cama.

Total que aparentemente se cuadró, pero a la mañana siguiente, el agente que estaba sentado frente a su puerta, cuando intentaba llevarle unos *hot cakes* de desayuno, descubrió que Juancho había desaparecido. ¿Cómo ves? ¿Se les peló Bin Laden? Pero un Bin Laden que pensaba que estaba haciendo comerciales de turbantes o de tiendas de campaña. Un pinche Bin Laden que no sabía que era Bin Laden. ¿Cómo ves? Y se llevó la máscara, el güey...

Luego el sonido de línea ocupada. Héctor apagó la grabadora, se llevó las manos a la cabeza y se las pasó por el pelo. Ultimamente lo traía muy corto, manchado por algunas canas. Y ahora le iban a salir unas cuantas más. Se asomó, la ventana y comenzó a reírse suavemente, como sin atreverse a la carcajada. Encendió un cigarrillo con toda la calma del mundo sin dejar de hacer gorgoritos de risa.



Héctor Belascoarán Shayne era mexicano, de tal manera que el absurdo no le espantaba. Era mexicano y tuerto, de manera que veía la mitad de lo que veían los demás mexicanos, pero con mayor precisión focal. En los últimos años había vivido en las fronteras, en el límite, de unos extraños territorios que bordeaban la incoherencia, la irracionalidad y la extravagancia, y también la tragedia, la pendejez, el agravio colectivo, la impunidad, el miedo y el ridículo. Territorios que eran cualquier cosa menos inocentes, en los que de repente se perdía un ojo, moría un amigo, te soltaban una descarga de escopeta cuando salías de comprar unas donas de chocolate. Territorios que retaban a la razón y que sin embargo estaban repletos de oscuras razones. El país era un gran negocio, un territorio convertido en botín por jinetes apocalípticos chafas y medio *narcos*; un supermercado gerenteado por un Federico Nietzsche pedo, muy pedo, donde nada era lo que parecía. Era como una telenovela venezolana con Alí Babá de secundario y los 40 ladrones de estelares. Pero esto... Esto era demasiado: Bin Laden Juancho era más de lo que podía soportar. Era una intrusión planetaria, era como si México ahora se dedicara impunemente a ganar los mundiales de fútbol, las Olimpiadas y la Copa Davis. Era como, y sin el como, un taquero mexicano se metiera de lleno en los planetarios noticieros de la CNN.

La segunda historia que Alvarado proporcionaba al contestador del progresista Monteverde, parecía estar en otro nivel de realidad, pero desconectada de las que había contado anteriormente.

—Oye, mano, habla Jesús María Alvarado— decía la voz rasposa y sin más entraba en tema— ¿Sabes cómo se hizo rico Morales? Contrató siete policías judiciales que se habían quedado sin empleo porque habían torturado a la persona equivocada, un comerciante rico que era primo de un diputado del PRI, y se compró una pluma de metal, de ésas con las que se cierran las colonias de los ricos, para hacer barreras de tráfico, y la puso en lo alto de una brecha, un camino vecinal que la mayor parte del año era lodo y tierra suelta, pero que durante un par de meses servía como ruta de salida de comunidades cafetaleras y por ahí, por donde bajaba el café, tenía su pluma y sus pistoleros con escopetas y no dejaba pasar nada. Ahí detenía a los que bajaban el saco o el burro cargado y les decía: *A tanto*, y lo compraba, pero lo compraba a mitad de precio del precio ya de mierda que los intermediarios pagaban 20 o 30 kilómetros sierra abajo. Eso hacía, eso estuvo haciendo un par de años, chingando, pero eso sí, con modernidad, con una pluma metálica, de esas que usan en las calles de los ricos, con un letrero que dice *Privado*. Eso hizo. Eso es el más culero de los neoliberalismos culeros, privatizar una carretera de pueblo, una brecha, chingarse a los pobres.

Héctor marcó lentamente los ocho números.
—Oiga, Monteverde, ¿usted se cree esa historia de Juancho Bin Laden?

—Para nada. Me parece una locura absoluta. Aunque viendo como se comportan los *norteamericanos*...

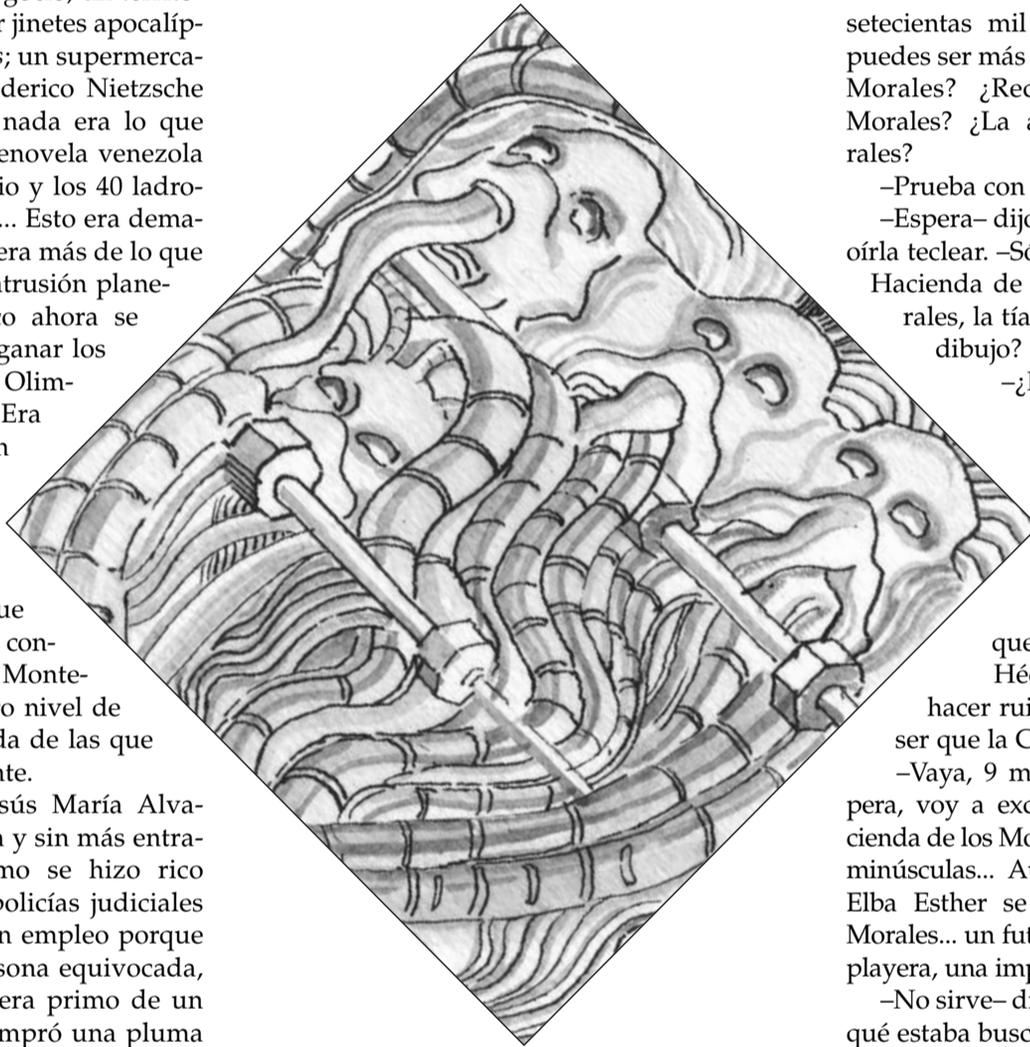
—¿Y había oído antes hablar del tal Morales?

—Nunca en mi vida.

—¿Y qué piensa de todo esto?

—Ya ni pienso. Nomás recibo estas orateces y se las paso... Se supone que usted es el que piensa. Y luego, ¿qué piensa usted?

—Que si el difunto Jesús María Alvarado quería darnos un recado, escogió la manera más enrevesada de hacerlo— dijo Belascoarán.



—Ahora, que si quería llamarnos la atención, bien que lo logró— contestó Monteverde.

—La realidad se está poniendo bien rara.

—¿Mande?

—No, nada, una frase de un escritor amigo mío— respondió el detective y colgó.

Estaba imaginándose el camino en la sierra, la brecha, la pluma metálica, los pistoleros con escopeta. ¿En qué sierra era? ¿En qué estado de la República? ¿Qué comunidades cafetaleras? ¿En qué año? ¿Cómo subió la pluma hasta...? El teléfono interrumpió la ronda de preguntas, las imágenes. Era Fritz.

—Belas, ¿querías hablar con el *Chino*, con Fuang Chu? ¿Verdad?

—El que era compañero de Alvarado.

—Pues si vas a la Gayosso de Félix Cuevas ahí casi seguro te lo vas a encontrar en la noche. Después de las 10. Estará en el velo-

rio de Samuel, casi seguro, o eso me dijeron. Mañana te hablo porque te conseguí algunas cosas sobre el Alvarado...

—¿Qué Samuel?— preguntó Héctor, pero Fritz ya había colgado.

Comió enfrente de la oficina unos tacos al pastor que estaban medio secos y no había salsa que los arreglara. Volvió a la oficina y perdió el tiempo repasando en la guía telefónica del DF a los 12 mil Morales que había, como si un nombre, una dirección y un número le fueran a dar una clave. Le pidió a una amiga suya, medio *hacker* medio curiosópata, lo que en los 60 se llamaba chismosa, que le averiguara en Internet qué Morales salían más y cuáles eran los más raros, y se descorazonó media hora más tarde cuando ella le contó:

—Belascorancito, Google me da 3 millones setecientas mil entradas de Morales, ¿no puedes ser más específico? ¿Poemas de Lolo Morales? ¿Recetas de cocina de Lola Morales? ¿La academia de Ciencias Morales?

—Prueba con un Morales mexicano.

—Espera— dijo Cristina Adler, y casi podía oírla teclear. —Sólo le bajamos a 870 mil. ¿La Hacienda de los Morales? ¿Martirio Morales, la tía de alguien que le regaló un dibujo?

—¿Puedes asociarlo a 1971?

—Puedo, Belasquín. Puedo... Silencio, tosecillas.

—Sólo 64 mil entradas... ¿Es Mexicano tu Morales?

—Sí.

—Déjame limitar la búsqueda a noticias en México.

Héctor esperó tratando de no hacer ruido en el teléfono no fuera a ser que la Cristina se desconcentrara.

—Vaya, 9 mil 510, vamos de gane... Espera, voy a excluir un restaurante, La Hacienda de los Morales y todos los Morales con minúsculas... Auditores externos... Charros, Elba Esther se llama Elba Ester Gordillo Morales... un futbolista con el número 7 en la playera, una imprenta en Chihuahua.

—No sirve— dijo Héctor, y eso que no sabía qué estaba buscando.

—El DF, déjame cerrarlo al DF... 815 entradas. Eso es un número sensato, manejable... déjame quitar la dirección "Insurgentes sur", que es de un despacho que sale muchas veces. Vale...

—¿Qué vale?

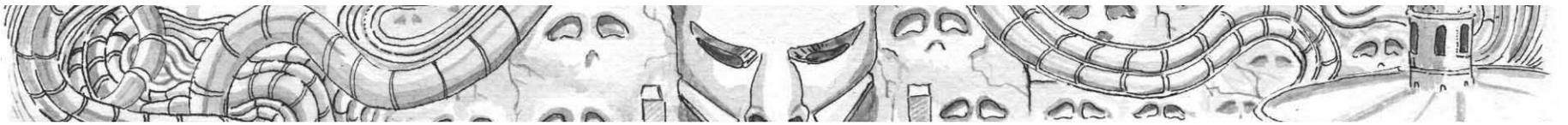
—671 entradas.

—Busca por policía— dijo Héctor, que ya se estaba desesperando. El exceso de información era muy parecido, demasiado parecido a la falta de información.

—OK— dijo la Cristina en el teléfono— 171. Muy decente. ¿Qué buscas?

—No sé.

—Te leo: Policía veterinaria, un fotógrafo, hay unos hermanos Morales en la Brigada de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres de Lucio Cabañas... ¿Y eso qué es? Belasquarín, yo no había nacido en el 71... Un jefe de policía de tránsito que tiene el Morales de segundo apellido, un taller de alta costura que hace uniformes para la policía...



Héctor produjo un suspiro que casi le vuela el tímpano a su auxiliadora internauta.

—Ese tipo está tonto, es un menso, simplemente eso, estamos condenados a ser gobernados por rateros o por mensos, uno y uno, ahora toca menso— dijo el ingeniero Javier Villareal, alias *El Gallo*, experto en drenajes profundos y demás subterrneidades.

—Cierro a doses— dijo Gilberto Gómez Letras, de oficio plomero, golpeando la ficha sobre la mesa.— Lo más peor es cuando son rateros y mensos. Paso, claro.

—Las nalgas— dijo Carlos Vargas, ilustre tapicero y soltó el dos/cuatro—. ¿No llevábamos dos mensos seguidos?

Héctor guiñó el ojo sano e hizo un gesto con el brazo hacia su izquierda. El pasaba. Más le valía a Gilberto haberse quedado con la firme de doses.

—¿Y qué lo enoja tanto del menso?— preguntó.

—Que siempre dice que estamos creciendo, que la economía crece, y dice números, que el siete, que el cinco, que el 13, que el medio. ¿De dónde los saca? No coinciden con los números de nadie. Si este güey dirigiera la Lotería Nacional no le tocaba a nadie nunca. ¿Cuál economía que crece? Será la suya, chingá— dijo *El Gallo* que no solía ser vehemente en cuestiones políticas, pero que sabía bastante de matemáticas.

—Nos vamos, socio— le dijo a Héctor y dirigiéndose a sus oponentes, los fustigó con un: A contar, plebe— dijo Gilberto soltando el último dos.

El dominó es ciencia inexacta, como el marxismo de Engels, de Plejanov, de Bujarin. Sólo hay 28 fichas distribuidas en el tablero y siete rondas para ponerlas. Teóricamente, viendo los movimientos iniciales, pueden deducirse el quién tiene cada cuál, a partir del conocimiento de las siete que tiene uno. Eso, como el marxismo, en teoría. Pero la revolución social no se produjo en Inglaterra en el siglo XIX por más que estuviera repleta de fabriquitas horrosas y una clase obrera luchona y cervecera, y la dictadura del proletariado nunca representó al proletariado, y a veces los saltos cuantitativos producían regresiones cualitativas. Porque en el dominó, como en la vida misma, el factor azar cuenta y cuenta mucho, y por si esto fuera poco, además, sobre todo, hay cuatro culeros en torno a la mesa tratando de engañarse unos a otros.

Esa noche de viernes, como en las últimas 45 o 50, cumpliendo un propósito de principio de año, el club Francisco Villa, integrado por los cuatro compañeros de oficina se reunió a jugar dominó y hablar de política, ambos factores de educación de todo mexicano respetable.

—¿Cómo vamos?— preguntó *El Gallo*.

—Mal, no dice usted que ya no se puede confiar en los números— respondió Carlos Vargas.— Sesenta y dos a 42. Números derechos, sin intervención presidencial. Perdiendo.

—No llore, ingeniero, y haga la sopa.

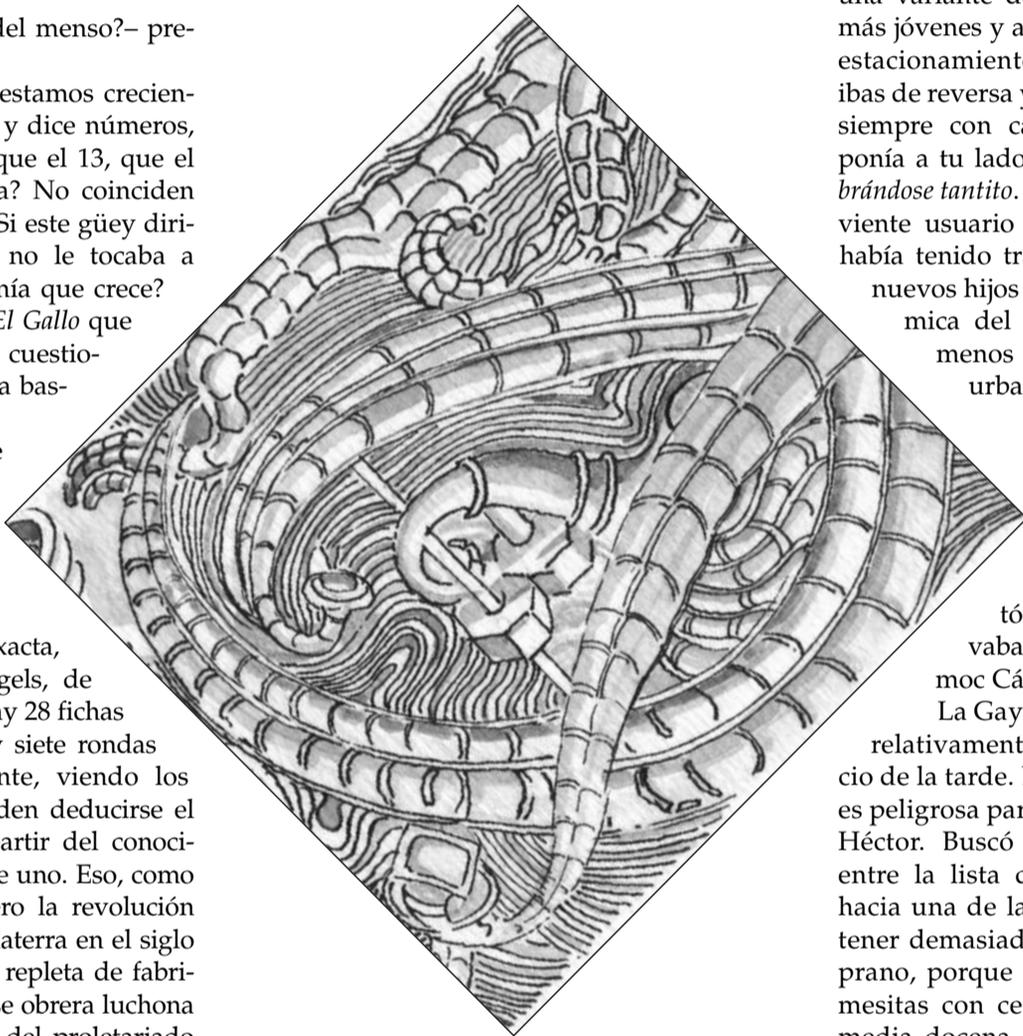
Villareal comenzó a mover las fichas sobre la mesa en lentos movimientos circulares, mezclándolas.

—A usted, lo que le pasa es que el Tratado de Libre Comercio no afecta a los plomeros.

—Si usted lo dice, pero llevo un año a mitad de chamba. Si a los culeros de ahí afuera se les descompone el grifo, no llaman profesionales, ahí lo parchan con dúrex y ligas...

—Charros, para eso quería Bejarano las ligas, para arreglar la plomería de su casa dijo Belascoarán haciendo referencia a un sonado caso de corrupción en el que un dirigente del PRD había sido filmado recibiendo millares de dólares y al final se había llevado las ligas en su portafolio.

Habían perdido, es más, en los dos últimos juegos, Carlos y el inge Villareal los habían destazado, humillado. Por eso hasta



agradeció el tener que ir a buscar a su chino y se metió en el aire nocturno del centro de la ciudad de México. Tomó un taxi hasta la funeraria de la colonia Del Valle. El día seguía gris, plomizo, el tráfico infernal. Quién sabe si había más antenas de televisión pero lo que seguro había era más coches. ¿Qué hacían los chilangos ahora, cuando no tenían nada mejor que hacer? Andale, mano, vamos a ver cómo anda el tráfico, o como decían petulantemente en la radio, la "carga vehicular". Héctor probó la fórmula con el taxista:

—Y qué, ¿cómo anda la carga vehicular?

—Carga vehicular mis tompiates, es la pinche clase media pendeja del DF que como no tienen dinero para comprar en diciembre salen a disimular que compran, antes iban al cine, ahora van al estacionamiento del súper y luego se regresan a su pinche casa— respondió el taxista demostrando un notable percepción sociológica.

—Pero gastan en gasolina y en parquímetros y en propinas a los selocuidos, los valeparkin y los vieneviene— dijo Héctor demostrando que en materia de percepción sociológica, él también la hacía, y que había descubierto la nueva fauna del DF.

Los selocuidos habían aparecido en los últimos años. Uno estacionaba su coche en una calle solitaria y de repente, salido de la nada, aparecía un personaje, franela roja al hombro, que sonriendo sugería: *¿Se lo cuida, jefe?* Con la implícita amenaza de que a tu coche le iban a caer todas las maldiciones talmúdicas y los temblores del DF si te negabas. Los valeparkin eran no como su nombre indicaba bailarines del Bolshoi en paro laboral, sino estacionadores particulares de restaurantes. Los vieneviene eran una variante de los selocuidos, solían ser más jóvenes y aparecían en el momento del estacionamiento, cuando prudentemente ibas de reversa y el sonriente personaje, casi siempre con cachucha de beisbolista, se ponía a tu lado diciendo: *Viene, viene, quebrándose tantito*. Héctor que era peatón o ferviente usuario del transporte público, no había tenido tratos profesionales con esos nuevos hijos de la endémica crisis económica del DF, pero no había podido menos que registrar su aparición urbana.

—De que se la chingue el PRI la gasolina de Pemex, para financiar las campañas de uno de sus culeros, mejor que se la chingue el personal— remató el taxista, que sin duda llevaba años votando por Cuauhtémoc Cárdenas.

La Gayosso de Félix Cuevas estaba relativamente vacía. Hacía frío en el inicio de la tarde. La ciudad de México sin sol es peligrosa para el dolor de huesos, se dijo Héctor. Buscó y encontró a un Samuel entre la lista de los difuntos. Se dirigió hacia una de las salas. Samuel no debería tener demasiados amigos, o era muy temprano, porque en torno al ataúd y a unas mesitas con ceniceros sólo se encontraba media docena de hombres y mujeres por arriba de los cincuenta. Avanzó de cabeza hacia el único chino que estaba allí. Un hombre extremadamente flaco, arrugado, correoso, con un traje color hierro oxidado y corbata negra.

—¿Fuang Chu?— preguntó Héctor acercándose al personaje.

—Martínez... Todo el mundo me llama por el apellido de mi mamá... ¿Para qué soy bueno?

—¿Sabe usted si de casualidad Jesús María Alvarado podría estar vivo?

El chino lo miró fijamente.

—Y usted, ¿quién es?

—Héctor Belascoarán Shayne, detective independiente— respondió Héctor, e instantáneamente, al ver la cara de su interlocutor, se arrepintió.

—Ay, no mames— dijo el Chino como si le saliera del alma.

Desde la Ciudad de México.

Paco Ignacio Taibo II.
México, diciembre del 2004.